



La travesía Luis Enrique Belmonte¹⁰⁷

La travesía

Vendrá otra larga travesía.

Habrà que volver a imaginar espacios tan amplios
como la piel de la luz sobre las praderas.
Y andar en zancos por las ferias o en los andenes,
y cuidarse de las zancadillas y los salvoconductos.

Habrà que pasar la mano
sobre el lomo de los que yacen en las plazas,
y despedir con esa misma mano
a los que se van quedando en los zanjones.

Habrà que volver a empañar los cristales
con el hálito de quien se despereza de un dulce invierno.

Vendrá otra larga travesía.

Tendremos que preparar las alforjas
sabiendo que por el mismo camino
más nunca volveremos.

107 Luis Enrique Belmonte: (Caracas, 1971). Escritor venezolano, se licenció en Medicina en 1996, y al año siguiente fijó su residencia en Barcelona. Se inició con *Cuerpo bajo la lámpara* (1998), del que destaca el desasosegante proceso de análisis llevado a cabo, y su obra continúa en *Cuando me da por caracol* (1997) e *Inútil registro* (1999), bajo el signo de lo neocotidiano. Es también autor de la novela *Salvar a los elefantes* (2007). Ha recibido diversos premios tanto en su país como en el extranjero y ha sido antologado en numerosos libros.



218 *La travesía*

Tendremos que afilar las herramientas,
los colmillos, el corazón,
sin que se seque el pozo de agua clara.

Será como abrir los brazos ciegamente.
Será como ir por un oscuro barranco
y confiarse al fulgor del último cigarrillo.
Será como despertar de un largo sueño
con los ojos del horror, el nuevo día, la maravilla.

Vendrá otra larga travesía.

Mudanzas

Es un bostezo que nos viene del muladar de las cosas.
Un vaho que asciende desde el pozo en donde abrevan
las canciones que tarareamos cuando abrimos los ojos
y el rayito nos deja un girasol palpitando en la trinchera.

Las hojas de los árboles se mueven en una sola marejada,
así como se mecen los amantes con el latido de la tarde.
Y el corazón es un vaivén, una hojarasca,
la humedad que empaña el cuero curtido
de las maletas y los zapatos, el rumor de los que danzan
en torno a los fuegos encendidos del solsticio.

Desde los precipicios del día nos viene un sopro
que nos aparta suavemente de este mundo,
como las migas caen, como las manos vuelan,
como se muda el hombre de su piel y de sus cosas.



El polen de una región perdida

Miraron atrás y no encontraron nada.
Volvieron a mirar y nada había.
Sabían que no pertenecían a ningún lugar.
Una polvareda aventaba antiguas lamentaciones.

Dios los había abandonado.
Dios los había lanzado a las arenas
en donde se extravián los peregrinos.

Y continuaron andando con los ojos abiertos,
como quien entra a una caverna desconocida,
como quien mira a su amor bajo un arco de jazmines.

Iban buscando repliegues de luz
sobre las hojas y los troncos del camino.
Iban esparciendo por el mundo
el polen de una región perdida.

Para decir que hubo un reino

Andar con paso ligero, silbando entre lianas, piedras,
yerbajos que se asoman al cielo de los halcones,
zigzagueando por las rutas de los bichos
que se columpian en los matorrales.

Andar sin equipaje, sin estirpe y sin escudo,
con los labios mojados por el vino de la despedida,
tarareando, tarareando,
siguiendo la estela de los que se fueron.

Para decir que hubo un Reino.
Para que el polvo de nuestros muertos
sea esparcido con la canción del primer día.



Pájaros ardiendo en pleno vuelo

Lo que se dicen los amantes después de la travesía,
los gatos y los paraguas bajo los portales,
los gorriones sobre los cables de luz, antes de la desbandada.

Lo que se dicen los zorros en las cabinas telefónicas,
los contrabandistas en los muelles, entre canciones y licores,
los condenados cuando entregan el cuello a sus verdugos.

Lo que se dicen los niños echados sobre la yerba
al final de la tarde,
los borrachos cuando se despiden
en el callejón en donde se prolongan los abrazos,
los moribundos en los hospitales, entre goteos y estertores.

Monedas líquidas que se intercambian en el tráfago,
pájaros ardiendo en pleno vuelo,
llamas del solsticio que se inclinan para que el viento las sople.

Viento

Viento,

llévate los restos,

las huellas sobre la arena,

estas cenizas sobre lo blanco,

esta palabra sola en este solo descampado.

Viento que traes gritos de los muelles
y secretos de los naranjales.



Viento que afilas los acantilados,
llévate bien lejos estas volutas,
este pálpito sin nido,
estas ganas de volver.

El mamut de Kahatanga

“El pelo... la cantidad de pelo del animal es impresionante. Y no sólo se conserva su color. También se puede apreciar el olor de este Mamut que, por lo que calculamos, al momento de su muerte, hace 23.000 años, tenía unos 47 años de vida...”

Bernard Buigues, expedicionario francés que, en 1999, logró extraer de la tierra congelada un Mamut entero con sus tejidos intactos.

Sus hermanos se extinguieron
hace 10.000 años; mientras tanto
el Mamut dormía a salvo de sus captores,
y el pelo le crecía.

Amortajado en un bloque de hielo
no supo nada del paso de estos siglos.
El transiberiano, cargado de rostros aterrados
por el silencio de aquellos parajes,
le pasó por encima muchas veces.
Y le crecía el pelo bajo la nieve.

Hace miles de años
este Mamut huía por las estepas.
Su cuerpo quedó paralizado por una ventisca,
como un gesto en una fotografía.



222 *La travesía*

Hoy al fin lo han atrapado
para descongelarlo poco a poco y despellejarlo.
Este Mamut no pudo huir
hacia esa nada de hipótesis y restos fósiles
en la que hoy descansan sus hermanos.
Su olor, su pelambre ennegrecida,
me traen noticias de aquel bostezo detenido,
noticias de un agujero blanco, estático,
en las entrañas del tiempo.

No sabemos

No sabemos quién pastorea nuestras sombras.

Vemos a los que cavan y cavan,
preparando la tierra para los muertos.

—Ellos insisten,
pero sólo sacan
conchas,
astillas,
sacos rotos.

Seguimos sin saber
de dónde nos viene el latido,

el último soplo,

el tiempo de los volcanes,

la tibieza del pájaro en tu mano,

el pozo sin fondo de las palabras perdidas.

No sabemos.